

COMENTARIOS REFLEXIVOS SOBRE LA PRAXIS DEL TRABAJO DE CAMPO

José Palacios Ramírez

Universidad Autónoma de Tamaulipas, México

jpalaciosr@uat.edu.mx

Resumen: La finalidad de este texto no es realizar generalizaciones teóricas sobre la praxis del trabajo de campo, ni siquiera pertenece a la necesaria actividad de deliberar sobre la forma de pensar de la ciencia, sobre sus implicaciones políticas y sus condiciones de posibilidad. Quiero decir que estos no son los objetivos explícitos con los que está entretejido el texto que sigue. Aunque, en realidad, todo esto y mucho más está presente en el texto de la misma forma que lo está en la actividad misma del trabajo de campo, pero no de una forma explícita, separada de los detalles, momentos y sensaciones cotidianas. En cierta forma este trabajo está apoyado en una textualidad reflexiva mucho más cercana al diario de campo que al orden analítico.

Abstract: It is not the aim of this article to make theoretical generalizations about the work field. It is also far beyond our purpose to talk about the Scientific Knowledge, its political implications or possibilities. What I mean, is that this is not the overall subject of the mentioned article. Although, in reality, that appears in the text and additionally in the work field area, divided in details, and daily moments and feelings. Somehow this article is hold by a textual reflection which is closer to the field diary rather than to any kind of analytical order.

Palabras clave: Trabajo de campo; epistemología; comparación; reflexividad.
Fieldwork; epistemology; comparison; reflexivity.

I.- Introducción

La finalidad de este texto no es realizar generalizaciones teóricas sobre la praxis del trabajo de campo, ni siquiera pertenece a la necesaria actividad de deliberar sobre la forma de pensar de la ciencia, sobre sus implicaciones políticas y sus condiciones de posibilidad. Quiero decir que estos no son los objetivos explícitos con los que está entrelazado el texto que sigue. Aunque, en realidad, todo esto y mucho más está presente en el texto de la misma forma que lo está en la actividad misma del trabajo de campo, pero no de una forma explícita, separada de los detalles, momentos y sensaciones cotidianas. En cierta forma este trabajo está apoyado en una textualidad reflexiva mucho más cercana al diario de campo que al orden analítico, ya que considero que lo que se gana por una parte se pierde por otra.

De forma general, considero útil señalar que tanto el texto como las reflexiones hacia las que se encamina al final, está basado en la particularidad de dos experiencias de campo realizadas en dos momentos y en dos enclaves diferentes: Jaén (España), una provincia andaluza volcada con el monocultivo del olivar; y Huehuetla (México) un pequeño municipio perteneciente al Estado de Hidalgo ligada a la cafeticultura. Se trata de dos experiencias de campo que, desde muy pronto, tomaron el rumbo de articularse de forma comparativa para constituir una única investigación, lo que dota de una profundidad muy particular a las reflexiones, a lo que se sumaría el juego tan antropológico del extrañamiento/familiaridad, pues el emplazamiento español era mi lugar de nacimiento, mientras que el mexicano constituía mi “rito de paso”, mi bautismo como antropólogo en las distancias de otra cultura.

Lo que hace especial a la Antropología es que en el contacto participante o el trabajo de campo en sociedades lejanas y desconocidas, escondidas bajo el velo del exotismo, se oculta buena parte de la forma de pensarse a sí mismo de la propia cultura occidental, con sus distintas actitudes ante la alteridad, siendo aquí clave la mirada de la Antropología que, en muchos casos, legitimará o denunciará distintas posiciones ético-políticas ante el otro periférico.

II.- Huehuetla

Visto ahora, tiempo después, se torna bastante cierta la idea del *trabajo de campo* como un *viaje* (Krotz, 1991: 50-57), no sólo físico, sino más bien vital, que comienza cuando se está en esa serie de *no lugares* (Augé, 1998) que son los aeropuertos, y que sólo concluye algún tiempo después de haber vuelto a casa, cuando ya se han aplacado las ganas casi compulsivas de volver al lugar en cuestión, y uno es capaz de ver las notas y el diario con cierta “distancia”. En mi caso particular, la prueba real y más contundente de mi paso a una situación de extrañamiento fue, sin duda, la inquietante visión de México D. F. desde las alturas, momentos antes de aterrizar, una visión grandiosa, casi fantasmal, salpicada de luces e inmensas avenidas, la prueba material del funcionamiento perfecto del caos que tanto seduce. Tras pasar unos días instalado ya en Pachuca, en el Estado de Hidalgo, que me sirvieron para aclimatarme un poco, pude ultimar detalles con un compañero antropólogo que ya trabajaba en Huehuetla y que me introduciría en la comunidad. La idea era aprovechar su experiencia en este lugar para que mi fase de entablar contactos se redujera a lo imprescindible y hacer mi estancia allí mucho más productiva. Obvia decir que ese objetivo se cumplió, aunque para ello fueron necesarias larguísimas jornadas que comenzaban muy temprano, en torno a las 6 ó 7 de la mañana y terminaban con la revisión de las notas tomadas a lo largo de ese día y la redacción del diario alrededor de la 1 de la madrugada, parecía que en este lugar no cesaba nunca la actividad.

La estancia en Huehuetla podría dividirse en dos etapas bien diferenciadas, aunque ésta sería una división muy general, ya que estuvo llena de un sinfín de altibajos, pues había momentos en los que todo parecía ir muy bien y en los que me sentía realmente cómodo y otros en los que todo era demasiado extraño y me quedaba bastante claro que ese no era mi

ambiente y todo parecía torcerse, en definitiva, era algo parecido a una montaña rusa. La llegada a Huehuetla fue casi tan “extraña” como el aterrizaje en la capital, fueron necesarias cuatro horas y media de autobús para llegar hasta allí, comenzando por el cómodo tránsito por las llanuras del Mezquital, en un autobús bastante confortable, para después pasar a realizar un trasbordo en Tulancingo, la entrada en el ambiente de la Sierra Madre con sus destartalados minibuses, repletos de gente cargada de bultos, realizando continuas paradas, pero rodeado de una abrupta naturaleza de belleza abrumadora y un hábitat bastante disperso, muy desconcertante la primera vez que se visita. Recuerdo muy bien la llegada a Huehuetla, cómo olvidarlo, era prácticamente el comienzo de un rito, aunque yo ya había realizado trabajo de campo anteriormente, no era nada parecido a lo que me esperaba: realizar trabajo de campo en un lugar tan lejano y exótico, tan diferente a lo que yo estaba acostumbrado y que debía pasar a formar parte de una “extrañeza confiada”, toda vez que allí encontraría a gente muy diferente a la que yo conocía, la forma de vida indígena que se me había presentado en mis continuas lecturas y que me apasionaba. De hecho, esta ilusión previa a la “decepción” se cumplió en el transcurso de los primeros días, pues ya desde que bajé del autobús noté sobre mí la mirada distante de la gente desde las puertas de sus casas mientras se protegían de la lluvia. Sabía que al principio todo el mundo sería muy recesivo, pero esperaba que cuando se acostumbraran a verme por el pueblo y me empezaran a conocer, todo sería mucho más fácil. Uno de los hechos más curiosos que me ocurrieron fue el interrogatorio al que me vi sometido por uno de los informantes de mi compañero, quien tan pronto me vio aparecer por la calle y tras la presentación formal, nos dirigimos hacia el porche de su casa donde comenzó toda una serie de preguntas encadenadas, la mayoría bastantes surrealistas para mí, aunque supongo que para estas personas mi presencia allí era lo inexplicable, si no fuera porque trabajara para alguna agencia estatal. De esta manera, mi “dialogante amigo” procedió sin dilación a preguntarme todo tipo de cuestiones: quién era, de dónde venía, para qué venía, cuánto costaba el pasaje de avión, por qué me interesaba el café, si trabajaba para el gobierno, si me gustaba México, si mi presencia allí iba a conseguir dinero para la comunidad y otras muchas más preguntas de carácter más trivial sobre mi ciudad, mi país, el cultivo del olivo, si había “carros” o si mi ciudad y mi país estaban cerca de Estados Unidos. En el fondo, en este mi primer encuentro con un habitante de Huehuetla fui yo el interrogado y no me importó en absoluto, porque supuse que cuanto antes fuese reconocido mi papel allí, antes empezaría a recibir información de ellos, reconociendo además que se encontraban en todo su derecho de interrogarme ellos a mí.

Mis primeros dos días en Huehuetla estuvieron dedicados a las presentaciones, a conocer a la gente que más tarde me ayudó y que no sólo me sirvieron como acompañantes o informantes, sino también como contactos con otra gente, puesto que la credencial que me facilitaron las distintas instituciones allí existentes, como la Universidad de Hidalgo, me sirvieron para que su actitud fuese más permisiva y positiva respecto a mis preguntas. Fue allí cuando comenzó a tomar más peso la idea de aumentar el interés de mi trabajo hacia la cuestión de la etnicidad, puesto que, en ese sentido, mis primeras impresiones fueron desilusionantes, pues no existía ninguna asociación tepehua que me pudiera asesorar y ayudar y, a pesar de que algunas de las instituciones mediadoras estaban gestionadas por el INI (Instituto Nacional Indigenista), sus planteamientos no distaban casi nada de los de cualquier institución desarrollista y no se centraba para nada en los tepehuas. De hecho muy pocos de los habitantes conocía la lengua tepehua, uno de mis informantes enseñaba la lengua tepehua a sus hijos y mucha de la gente a la que conocí después afirmaba que esto no tenía mucho sentido, que eso no servía para nada, puesto que lo que importaba en este momento era aprender inglés y español. Tanto era así que, para intentar aprender algunas de estas palabras en tepehua, me inventé un juego con las hijas de este señor, mientras esperaba a que volviera su padre ellas me enseñaran algunas palabras en tepehua en forma de adivi-

nanzas y, a cambio, yo les decía las mismas palabras en inglés. Después, este sentimiento de duda acerca de la solidez étnica que había leído en las bibliografías sobre México y el café se afianzó mucho más cuando visité el Barrio Aztlán, un barrio que se situaba fuera de Huehuetla y al que se accedía cruzando el río y ascendiendo una ladera, en un ambiente que mi mirada occidental había calificado de extrema pobreza casi sin darme cuenta, pero que sus propias gentes pusieron en duda ya que no se mostraron pobres e infelices, más bien lo contrario cuando me contaban de sus estrategias para “poder salir adelante” y compartía con ellos agradables comidas y buenos ratos de charla. La cuestión era que sus patrones de vida o su configuración familiar no me parecían exageradamente extrañas y mucho menos diferentes de otra gente de Huehuetla que era mestiza. Normalmente, cuando discutía este tipo de cuestiones con mi acompañante, las posiciones eran una continua búsqueda de equilibrios entre el absurdo de una visión proteccionista, que casi se dirige hacia una “especie de reserva étnica” sin tener en cuenta a la gente, que se convierte en objeto de exposición (Alcina, 1995: 107-110), y nuestras propias percepciones más cercanas a una especie de fe en la “creatividad cultural” (Rosaldo, 1993) de la gente entre la que nos movíamos, en su forma de interpretar patrones culturales occidentales y también los propios de origen étnico sin ningún tipo de contradicción.

En la “negociación” con los distintos informantes no se me presentaron excesivas dificultades, salvando el escepticismo de algunos casos hacia alguien que venía de España a interesarse por sus problemas con el café; en otros casos, la intersección de mi compañero facilitó en mucho el asunto, porque la gente lo tenía bastante identificado y muchos veían en hablar con él una posible vía para que alguien hiciera caso de sus problemas. Sólo en algún momento tuve que aclarar, con cierta incomodidad por mi parte, que yo no estaba dispuesto a pagar dólares a cambio de la información, y que no tenía nada que ver con la “gringa” que andaba por ese entonces por Huehuetla y algunos pueblos cercanos recopilando información para el Instituto Lingüístico de Verano, para luego traducir la Biblia al tepehua y al otomí, y que al parecer “pagaba” por la información recibida. Tal vez uno de los aspectos más paradójicos de la interacción con la gente en Huehuetla fue su ambivalencia y ambigüedad, era obvia la existencia de un ambiente de desconfianza, en buena parte debido al nivel de politización de la vida social, bastaba ser visto con alguien cercano a una “asociación sindical”, a algún partido político o al Consejo Hidalguense del Café, para que rápidamente corriese la voz de que trabajabas para el INI, a la vez que la buena relación con el jefe de la policía local hacía a algunas personas desconfiar. A esto habría que sumarle las continuas habladurías que suponían las habituales visitas que realizaba a una familia del Barrio Aztlán o los regalos que les hacía a sus hijos más pequeños. Aunque la confusión aumentaba aún más por la “amistad cordial” que mantenía con un militante del PRD (Partido de la Revolución Democrática), que ostentaba un importante carisma personal dentro de la localidad por la “radicalidad” de sus demandas y por sus continuas reivindicaciones de la identidad tepehua frente a la presidencia. Inmediatamente se convirtió en uno de mis más valiosos informantes, ofreciéndome su gran conocimiento sobre la historia local y sobre la problemática estatal e institucional-política, organizarme un recorrido por los distintos cafetales de la zona, presentándome a muchos de los propietarios y empleados en los cafetales, que, ante su sola presencia, accedían con sumo gusto a departir conmigo. Esta aparente desconfianza era contradictoria con la amabilidad y la generosidad de la que mucha gente hizo gala cada vez que les realizaba una visita, incluso las veces que, por la noche y tras una larga jornada de trabajo, me ofrecían un café y contestaban pacientemente a mis preguntas. El dueño de una de las cantinas del pueblo llegó a convertirse en un buen informante e incluso, en una ocasión, organizó para mí una reunión con algunos propietarios que solían frecuentar su local para que “platicaran” conmigo sobre el “problema” del café.

Los últimos días de estancia en la sierra fueron realmente gratos, puesto que ya me sentía aceptado en la comunidad y me movía con relativa autonomía, tan sólo se vieron empañados

por dos hechos desagradables: el primero, el abandono de dos personas que en un principio habían aceptado colaborar conmigo en la realización de sus historias de vida. Los abandonos de mis supuestos colaboradores fueron repentinos, encontrándome sin previo aviso con la nota de uno de ellos, argumentando una ausencia no esperada que causalmente surgía en la fecha de mi partida. En el caso del otro informante, parece ser que se trató simplemente de un viaje repentino sin mediar ningún tipo de disculpa, aunque en un primer momento me llegó a molestar, también me hizo plantearme que era yo quien me inmiscuía en sus vidas a cambio de nada, con lo que tal disciplina no era necesaria, puesto que era algo de carácter voluntario y no podía ser exigido, por más que pudiera suponerme un contratiempo.

El segundo hecho fue mucho más desagradable, uno de esos momentos considerados como “emergentes” en los que las líneas estructurales de los posicionamientos culturales y también las propias del sentimiento estratégico del poder se muestran, de repente, con la solidez de un muro, contra el cual se estrellan muchas de las ideas benevolentes hacia la propia labor que uno se construye mentalmente. Se desarrolló una de las noches antes de marcharme, sobre las 11 de la noche, cuando me encontraba en la planta de arriba de la casa que rentaba enfascado en la redacción del diario. De repente comenzó a escucharse un gran estruendo procedente de la primera planta de la vivienda, en la cocina. Se trababa de un fuerte altercado entre el dueño de la casa y su esposa, en el cual éste empezaba a perder ostensiblemente los nervios en la discusión, gritando y amenazándola con golpearla, mientras arrasaba con todo lo que encontraba por su camino. Se escuchaban ampliamente los gritos de ayuda de la mujer, mientras ésta corría a refugiarse en la cocina. En un principio la intención fue intervenir para intentar solucionar el problema, pero el ingeniero que rentaba la casa que había junto a la nuestra me tranquilizó aduciendo que “siempre era así”, que no pasaría nada, aún así optamos por avisar al jefe de la policía que rentaba también por allí, pero en ese momento no se encontraba. Por suerte, en esos momentos aparecieron unos amigos del “señor”, también ostensiblemente borrachos, y se lo llevaron a continuar la juerga. Ese fue uno de mis peores momentos en Huehuetla, sin duda. La pregunta esencial que surge, de ahí la paradoja sobre lo que algunos llaman “exhibicionismo posmoderno”, es si ¿de no estar en juego nuestra estancia allí, tanto la presente como la futura, hubiésemos intervenido en la disputa conyugal?, ¿por que no me asombró el “siempre es así” de mi “vecino”?, ¿por qué lo único que sentí fueron unas tremendas ganas de marcharme cuanto antes de allí?. Supongo que el etnocentrismo en estas situaciones se muestra no sólo como un prejuicio, sino también como lo que en parte es el equipamiento cultural o “sentido común” al que cada persona recurre cuando es imposible pensar “fría y racionalmente”.

De mi marcha de Huehuetla mantengo un recuerdo agrídulce, tras dos meses era agradable volver a casa, mientras me alejaba en el autobús miré por última vez la Sierra Madre y sus cafetales, el continuo fluir de gentes que viene y van, tanto a pie como en furgoneta colectiva, de gente que sube y baja, que viene y se va, que se marchaba a pueblos cercanos como Tenango de Doria, a Tulancingo o Pachuca. El sentimiento era positivo, tanto por la experiencia como por el trabajo realizado, en este momento algunos de los desplantes que me hicieron y los momentos de auténtica burla de los lugareños sobre mí mismo, que me movía continuamente por allí haciendo preguntas extrañas sobre cafetales, los coyotes y todo tipo de cosas, parecían no existir. También me ocurría algo parecido con los maestros, me parecían comprensibles y hasta agradables, he de suponer que la idealización posterior también juega un importante papel en este tipo de experiencias, sobre todo en las primeras tomas de contacto y que el papel del diario es ejercer una noción de contraste a posteriori. A lo lejos, ya sólo quedaban junto al río las calles ordenadas, con la extraña superposición de antenas parabólicas; al otro lado del río, el Barrio Aztlán con sus casas “tradicionales” de madera, precarias y acogedoras, y en mi cabeza la idea de volver pronto, muy pronto, quien sabe.

III.- Jaén y algunas reflexiones

Al plantearme plasmar por escrito una parte representativa de mi experiencia de campo en el “entorno del olivar”, se confirmaba una sensación que ya tenía hace algún tiempo. Curiosamente me resultaba muchísimo más complicado el “montar” un texto que aunase toda una serie de experiencias que, si bien durante un tiempo habían marcado como ítems mi vida diaria, no tenían el hábito de diferencia espacio-temporal con mi realidad cotidiana, el fuerte brillo en mi memoria que, por ejemplo, sí que tenían los recuerdos de la estancia de campo en Huehuetla. Experiencias ambas que, junto con una serie de reflexiones teórico-epistemológicas, se deberían “hacer más visibles” por medio de la narración de momentos concretos, *fuertes*, en los cuales dicho plano reflexivo y la realidad se entrecruzan visiblemente. De hecho, el olivar y todo aquello que lo rodea –en todas sus dimensiones culturales– me es sumamente familiar, y lo ha sido prácticamente desde que tengo uso de razón, empezando por los lejanos recuerdos de visitas o estancias “en el pueblo” para visitar a mis abuelos, donde mucha de la vida, de las conversaciones, giraban alrededor del campo, del olivar. Pasando además por los primeros contactos con los trabajos de laboreo y recolección en la pequeña propiedad que posee mi padre, casi en *forma de juego*, hasta llegar a mi firme decisión de realizar una aproximación etnográfica a un “objeto de estudio” que, a pesar de su constante cercanía, siempre ha sido para mí objeto de una cierta incompreensión para con mi entorno más cercano –también para el social–.

En un primer momento, cuando decidí “estudiar” el olivar, esta decisión respondió, más que a un interés específico, a razones mucho “más terrenales”. La socio-economía del olivar en Jaén era algo muy cercano, sobre lo que apenas existían trabajos antropológicos, algo sobre lo que yo ya poseía conocimientos y que, en teoría, no se presentaba como algo “cerrado”, que se resistiera al estudio, sino más bien todo lo contrario, dado que en Jaén existe un continuo fluir de discursividades identitarias que trabajan con la idea de una relación “ancestral” de Jaén, de su “carácter cultural”, con este cultivo, así como de prácticas cotidianas ligadas con esta actividad. Fue posteriormente, cuando ya había realizado una estancia de campo en México, centrada en el estudio de la cafecultura en esa zona, que paradójicamente me dio muchas claves sobre la olivicultura en Jaén –o al menos eso fue lo que pareció a mí en ese momento–, e incluso ya había realizado alguna publicación tentativa sobre el olivar dentro del papel que éste tenía para mí de servir de rodaje en mi experiencia etnográfica. Cuando surgió la idea y la posibilidad, en cierto modo preimpuestos por situaciones personales, de redirigir mi tesis en la dirección aquí presente, aprovechando el aparataje teórico de mi trabajo sobre Huehuetla, comencé a revisar “en profundidad” las notas acumuladas en muchos meses de trabajo de campo, organizados de forma muy flexible, desigual en su temporalidad y en su grado de intensidad, para, a la vez, intensificar mis “estancias de campo” en algunos pueblos donde contaba con diversos contactos y con diferentes instituciones, con el objeto de cubrir los huecos que encontraba en mi revisión de las notas de campo.

Sobre mis experiencias de campo alrededor del olivar he de apuntar varias cuestiones: en primer lugar, es fácil distinguir dos planos bastante diferentes dentro de éstas, uno relativo a mis experiencias a nivel de producción, en el entramado de los productores, la recolección, la vida diaria de algunos pueblos de Jaén, en definitiva. El otro relativo a mis acercamientos a instituciones y a agentes institucionales del entramado socio-económico-político que se sustenta sobre el olivar, este muy diferente del anterior. En el primer plano, el de las aproximaciones a la *esfera de producción*, las experiencias de campo fueron muchas más en el sentido cuantitativo-personal y mucho más interesantes en el sentido cualitativo. También se podría decir que fueron experiencias mucho más *densas*, más parecidas a lo que yo entendería por un trabajo de campo más clásico, tal vez por el tono que esto conllevaba de cotidianidad, de implicación en la interacción personal. En realidad, estas aproximaciones de

campo a la cotidianidad de los olivicultores fueron las primeras y las que más se extendieron en el tiempo, en las que comencé sin desvelar mi condición de “antropólogo”, sencillamente trabajando como otro jornalero más integrante de la cuadrilla de la recolección de la aceituna, con diferentes propietarios y en diferentes pueblos, algo que, teniendo en cuenta mi condición de estudiante de doctorado dependiente de las escasas becas que se ofertan, era, por otra parte, sencillamente práctico. Pero, una vez que desarrollé buena confianza con uno de esos propietarios, con el que comencé a trabajar con mayor asiduidad, también en otras labores, y con el que desarrollé una buena relación personal –al igual que con el resto de los compañeros que componíamos la cuadrilla–, quizás por la cercanía de edad, que propiciaba un ambiente más “familiar” en el trabajo, así como algunas reuniones fuera del mismo, pude pasar a reconocer abiertamente mi actividad, hecho éste que tardó poco en extenderse por el resto de propietarios para los que, en determinadas ocasiones, trabajaba, posibilitando de esta manera una nueva situación, a partir de la cual se dio una positiva empatía hacia mí, respondiendo a mis preguntas siempre de buen grado, consiguiéndome contactos, que pudieran serme de utilidad a muy diferente nivel –cooperativas, instituciones, asociaciones de productores...–, llegando, en algunos casos, a trabar una cierta amistad. El trabajo de campo centrado en lo que calificaré como *mediaciones* tuvo un tono mucho más lejano, de un marcado carácter institucional, que apenas implicaba interacción personal, en el cual el simple hecho de intentar conseguir algunas citas para realizar alguna entrevista parecía a veces casi imposible. Y cuando se conseguía esta cita, el hecho de presentarse como un antropólogo de la Universidad parecía ponerles en alerta, actuando a la defensiva, a excepción de los casos en los que ya existía una relación personal previa, fruto de los trabajos anteriores realizados en otras líneas o de coincidencias en diferentes foros.

Otros aspectos a comentar del desarrollo del trabajo de campo se refieren al interesante contrapunto que las experiencias como “asalariado”, dentro del circuito de producción más profesionalizado, me ofrecieron frente al buen conocimiento propio, de partida, con el que yo contaba de ciertas economías del olivar, entendidas como unas economías complementarias, familiares, de un mayor anclaje *tradicional*. Igualmente, creo que es reseñable la coincidencia con el trabajo de campo en Huehuetla en un aspecto concreto, la importancia, el valor de los aspectos menos formales del trabajo de campo, de las conversaciones que se mantenían –y también se escuchaban– al terminar el trabajo en un bar cercano o en la propia cooperativa, los “ejemplos” que surgían de forma espontánea un día cualquiera, cuando uno iba a un pueblo quizá ya más a ver a un amigo que a seguir con la investigación.

Retomando un poco lo que planteaba al inicio sobre la dificultad que para mí entrañaba el realizar una representación textual de mi trabajo de campo sobre el olivar, en contraste continuo con el trabajo de campo en México, surgen algunos comentarios que pueden aclarar en algo esta cuestión. Sin duda, mucha de la “dificultad” a la hora de realizar “ese” texto tiene su origen en el permanente juego que pre-impone la etnografía entre lo *próximo* y lo *ajeno*, entre lo más familiar y lo más lejano (en este sentido me parece interesante el enfoque de Cardín, 1990), un juego que sin duda cuenta con buena parte de experiencia personal, de auto-construcción, así como de implicaciones “del observador” y la posición que éste adopte, como si de quien mira la *pipa de Magritte* o *Las Meninas* se tratase (en este caso concreto, Foucault, 1999a: 13-25; 1999c). La cuestión es que bastaron algunas miradas a ambos diarios de campo, a las notas dispersas, sobre todo a las de tipo más descriptivo, para darme cuenta de que el “problema” –sí es que se puede llamar así– radicaba en que, pese a que ambas experiencias contaban con una conformación similar, con lo que Clifford llamaría el *habitus del trabajo de campo* (1999: 424), al mismo tiempo ambas tenían un carácter radicalmente *diverso*, que fundamentalmente entrañaba dos experiencias de extrañamiento muy alejadas. Así, en el caso de México, mi diario se encontraba lleno de descripciones, de paisajes, de ambientes, ofreciendo un sentido muy “visual”, sobre el cual después se constituyen las retóricas del encuentro cultural, donde se entrecruzan algunos trabajos

sobre las estancias de campo, diarios literaturizados y algunos libros de viaje con un fuerte contenido experimental¹. A diferencia del caso de Jaén, en el que el texto tenía otro tipo de extrañamiento, quizá más visible, pero “más profundo”, por la cercanía, por tratarse de mi entorno, de mi realidad, con lo que, en muchas ocasiones, “resultaba inevitable” que un atisbo de retórica descriptiva desembocase en una descripción de un alto grado de surrealismo etnográfico (en este sentido resulta interesante Condominas, 1991), al menos para mi. Un buen ejemplo de esta dinámica es una descripción que anoté, entre divertido, asombrado y algo molesto, después de visitar una página web de una de las fundaciones en las que había entablado contactos y que, tras una entrevista, uno de los técnicos me invitó a visitar para encontrar datos muy “institucionales”, además de “porque estaba muy bien”:

Aparece un fondo negro del que surgen, de ambos lados de la pantalla dos imágenes doradas, representando a la diosa hindú Khali. Paulatinamente estas imágenes se van transformando en un hombre y en una mujer respectivamente, vestidos con trajes tradicionales de Jaén, para acabar transformados en dos olivos. La pantalla se “apaga” de nuevo, al volverse a iluminar, el escenario es ahora un mapa-mundi, donde se refleja perfectamente donde está la provincia de Jaén y de donde comienza a “brotar” un líquido dorado –aceite de oliva, supongo-, que va tiñendo gradualmente del mismo líquido a España, posteriormente a Europa, luego América... hasta que cubre todo el mapa [...] Esto no es más que un buen resumen de cómo parece que se piensa en Jaén o de cómo se quiere que se piense [...] (cuaderno de campo).

Al fin y al cabo, lo único que parece claro, al menos eso creo, es que, como bien sostiene Rabinow (1992: 26) y yo mismo comparto con matices, el *trabajo de campo, como toda actividad cultural, es experimental*, pero experimental en un sentido que yo entendería muy alejado de la experimentalidad científica –mas bien *cuasi* experiencial–. Por decirlo de una forma concreta, cada trabajo de campo es “irrepetible”, aunque se formalice siempre bajo unas condiciones preestablecidas, y además, en cada uno de ellos se da una serie de experiencias que hacen que, por ejemplo, mi percepción de algo “familiar” como es el sector del olivar y todo lo que lo rodea, haya cambiado profundamente después de este tiempo, complejizándose aún más, pero también enriqueciéndose, si bien es cierto que a día de hoy tengo más dudas al respecto, en lugar de supuestas seguridades. Así pues, creo que una vez adoptado este punto de vista, deja de tener sentido el plantear determinados debates sobre el trabajo de campo, ya se trate de delimitar un estatuto científico verificable por medio de *re-studies* apoyados en una cierta fe en el *objetivismo* (son todo un clásico Lewis, 1986: 15-64; 65-88; 1970), o ya se trate de reflexiones artificiosas en exceso, tal vez influidas por las modas académicas en demasía, que no parecen darse cuenta de que por oposición reproducen el dualismo objetivista al presentar el trabajo de campo como un constructo personal del antropólogo, un simulacro, negándole su contenido vivencial (me refiero a García Canclini, 1991: 58-64). A este respecto me parece que un ejemplo magnífico de los diferentes tipos de conocimiento que genera el trabajo de campo, a nivel heurístico, experimental y epistemológico es el de Rosaldo (1993)².

En cualquier caso, aceptando –por obvio– lo inadecuado de una concepción del trabajo de campo como espacio neutro, experimental, donde el antropólogo se limitase a “observar”, a comprobar sus hipótesis, para luego dejar que sus descripciones “hablen por sí

¹ Me refiero, por ejemplo, a los “diferentemente” clásicos, Leiris 1988; Rabinow, 1992; y a otros como Lawrence, 1999, o a Chatwin, 1988. También, sobre estas cuestiones, Clifford, 1995; Lourau, 1988.

² Aunque también puede verse, en un sentido mucho más general, Lisón Tolosana, 1998b: 219-235; Jamard, 1999: 273-274; Jociles, 2000: 109-158.

solas”³. Pero desestimando de igual manera el desprecio que, en algunos casos, se ha dado a raíz de las propuestas *posmodernas* y *dialógicas* de la *narratividad* etnográfica en su contenido interpretativo, como si realmente fueran separables, por una parte, las reflexiones epistemológico-estáticas de los cuadernos de campo de la supuesta objetividad sin mella de sus diálogos, en los cuales toda la “presencia” del etnógrafo parece desplazarse a su dimensión ético-política, olvidando su obvia presencia *interpretativa* y generalizada de *sentidos* explicativos e implícitos a muy distintos niveles⁴. Parece mucho más lógico el retomar la reflexión sobre el trabajo de campo en otra línea –quizá más vistosa– que emparente directamente a éste con categorías epistemológicas del pensamiento antropológico, como son la *comprensión*, la *explicación* o la *interpretación* y la *reflexividad* (pueden verse los conocidos Beattie, 1975: 293-309; Jarvie, 1975: 271-292) Y es que si uno se atiene al trabajo de campo de forma más “integral”, no teniendo en cuenta tan sólo la estancia, sino también las reflexiones y el conocimiento que generan los cuadernos de campo *a posteriori*, en su revisión, el trabajo de campo aparece como un permanente encadenamiento de *momentos emergentes*, de generación de *significaciones* y *sentidos*, pero también como un encadenamiento de diferentes niveles y posicionamientos de *interpretación*, que, a partir de algo que para mí está muy cercano a la hermenéutica, van generando nuevas preguntas e interpretaciones, dotando de significación a nuevos momentos, de forma que parece como si todo este cúmulo sólo tomase *sentido*, fruto del ejercicio *narrativo*, tanto en la mente del antropólogo, como en sus cuadernos, y, sobre todo en las etnografías. Dándose el caso de que esta percepción integral del proceso etnográfico, que conecta directamente las etnografías en el trabajo de campo por medio del antropólogo como sujeto activo, receptor, intérprete y reflexivo, parece estar directamente relacionada con lo que últimamente hemos conocido como *Antropología reflexiva* (véanse por ejemplo, Ghasarian, 2002: 5-33; Hirschon, 1998: 149-164; Couldry, 1996: 315-333), corriente ésta que parece ofrecer interesantes equilibrios y observaciones desde su heterogeneidad.

Bibliografía

ALCINA FRANCH, José

1995 “Deontología etnográfica”, en Aguirre, A. (Comp.). *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. pp: 107-110. Barcelona: Marcombo.

ANTA FÉLEZ, José-Luis

2002 *El sexo de los ángeles: cultura, modernidad e historia en la Antropología social*. Jaén: Jabalcuz.

AUGÉ, Marc

1998 *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

BEATTIE, John H. M.

1975 “Comprensión y explicación en Antropología Social”, en Llobera, J. R. *La Antropología como ciencia*. pp: 293-309. Barcelona: Anagrama.

CARDÍN, Alberto

1990 *Lo próximo y lo ajeno*. Barcelona: Icaria.

CHATWIN, Bruce

1988 *Los trazos de la canción*. Barcelona: Muchnik.

CLIFFORD, James

1991a “Introducción; verdades parciales”. En CLIFFORD, J; MARCUS, G. E (edits).

³ En este sentido son conocidas las críticas posmodernas de Pratt, 1991: 61-90; Crapanzano, 1991: 91-122 y Rosaldo, 1991: 123-130.

⁴ Puede verse Clifford, 1991a: 25-60; 1991b: 151-182; las críticas de partida de Tyler, 1991: 183-204; Rabinow, 1991: 321-356. Así como una buena síntesis de todas estas discusiones en Anta, 2002: 55-64.

- Retóricas de la Antropología*. Madrid, Gijón: Júcar. (pp: 25-60)
- 1991b “Sobre la alegoría etnográfica”, en Clifford, J.; Marcus, G. E. (Edits.). *Retóricas de la Antropología*. pp: 151-182. Madrid, Gijón: Júcar.
- 1995 *Dilemas de la cultura*. Barcelona: Gedisa.
- 1999 *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- CONDOMINAS, George
- 1991 *Lo exótico es cotidiano*. Madrid, Gijón: Júcar.
- COULDRY, Nic.
- 1996 “Speaking about others and speaking personally: reflections after elspeth probyn’s sexing the self”, en *Cultural Studies*, num. 10 (2). pp: 315-333.
- CRAPANZANO, Vincent
- 1991 “El dilema de Hermes: la máscara de la subversión en las descripciones etnográficas”, en Clifford, J.; Marcus, G. E. (Edits.). *Retóricas de la Antropología*. pp: 99-122. Madrid, Gijón: Júcar.
- FOUCAULT, Michel
- 1999a *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI.
- 1999c *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte*. Barcelona: Anagrama.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor
- 1991 “¿Construcción o simulacro del objeto de estudio? Trabajo de campo y retórica textual”, en *Alteridades*, num. 1 (1). pp: 58-64.
- GHASARIAN, Christian
- 2002 “Sur les chemins de l’ethnographie reflexive”, en Ghasarian, C. (Edit.). *De l’ethnographie a l’anthropologie reflexive. Nouveaux terrains, nouvelles pratiques, nouveaux enjeux*. pp: 5-33. París: Armand Collin.
- HIRSCHON, Rene
- 1998 “Antropología reflexiva”, en VV AA. *Antropología: horizontes teóricos*. pp: 149-164. Granada: Comares.
- JAMARD, Jean-Luc
- 1999 “¿Pueden equivocarse los antropólogos? Antropología, ciencias e historia”, en *Areas*, num. 19. pp: 272-275.
- JARVIE, Iam C.
- 1975 “Nadel: sobre los fines y métodos de la Antropología Social”, en Llobera, J. R. *La Antropología como ciencia*. pp: 271-292. Barcelona: Anagrama.
- JOCILES, Isabel
- 2000 “Trabajo de campo, emociones e interpretación”, en Lisón Tolosana, C. (Edit.). *Antropología: Horizontes interpretativos*. pp: 109-152. Granada: Universidad de Granada.
- KROTZ, Esteban
- 1991 “Viaje, trabajo de campo y conocimiento antropológico”, en *Alteridades*, num. 1 (1). pp: 50-57.
- LAWRENCE, Thomas Edward
- 1999 *Los siete pilares de la sabiduría*. Barcelona: ZETA.
- LEIRIS, Michel
- 1988 *L’Afrique fântome*. París: Gallimard.
- LEWIS, Oscar
- 1970 *Tepoztlan, un pueblo de México*. México: Joaquín Mortiz.
- 1986 *Ensayos Antropológicos*. México: Grijalbo.
- LISÓN TOLOSANA, Carmelo (Edit.)
- 1998b *Antropología: Horizontes comparativos*. Granada: Universidad de Granada.

LOURAU, René

1988 *Le journal de recherche. Matériaux d'une théorie de l'implication*. París: Meridiens Klincksieck.

PRATT, Mary L.

1991 "Trabajo de campo en lugares comunes", en Clifford, J.; Marcus, G. E. (Edits.). *Retóricas de la Antropología*. pp: 61-90. Madrid, Gijón: Júcar.

RABINOW, Paul

1991 "La representaciones son hechos sociales: modernidad y postmodernidad en la Antropología", en Clifford, J.; Marcus, G. E. (Edits.). *Retóricas de la Antropología*. pp: 321-356. Madrid, Gijón: Júcar.

1992 *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*. Madrid, Gijón: Júcar.

ROSALDO, Renato

1991 "Desde la puerta de la tienda de campaña: el investigador de campo y el inquisidor", en Clifford, J.; Marcus, G. E. (Edits.). *Retóricas de la Antropología*. pp: 123-150. Madrid, Gijón: Júcar.

1993 *Cultura y verdad*. México: Grijalbo, CONACULTA.

TYLER, Stephen

1991 "Etnografía posmoderna: desde el documento oculto a lo oculto del documento", en Clifford, J.; Marcus, G. E. (Edits.). *Retóricas de la Antropología*. pp: 183-204. Madrid, Gijón: Júcar.

b a